

funcionario del Estado! se deja dominar por esas exageraciones materialistas.

Jorge rió, afirmando que tenía aquello á honra.

—¿Entonces quiere el Consejero que yo, un ingeniero, un estudiante de matemáticas, crea en las almas que viven en el cielo, con alas blancas, túnicas azules y tocando instrumentos?

El Consejero replicó:

—No, instrumentos no; no creo haber hablado de instrumentos. Los instrumentos son una exageración. Son, podemos asegurarlo, añagazas del partido ultramontano.

Iba á tronar contra ellas; pero la señora Filomena colocó delante de él un plato con la pierna de carnero asada. Penetróse de su deber, empuñó el trinchanto con solemnidad y fué cortando rajas finas. Entretanto, Julián, limpiándose los dientes con las uñas, preguntó:

—¿Cae ó no cae el ministerio?

Sebastián había oído en el vapor de Almada que “la situación estaba asegurada.”

Pero Saavedra vació su copa y declaró que antes de dos semanas “se lo llevaba todo la trampa”. ¡Aquel escándalo no podía seguir! ¡No tenían la mejor idea de gobierno, ni la más leve! El, por ejemplo, era y había sido leal en política... Pues bien: ¡no te habían nombrado á su primo recaudador de Aljustrel, habiéndoselo prometido! ¡Y sin darle una satisfacción! ¡Así no era posible hacer política con aquel hato de idiotas!

Jorge celebraba que vinieran otros; tal vez así no te comisionasen de nuevo por el ministerio; él quería estarse quieto en casa.

Alves Continho callaba prudentemente engullendo rebanadas de pan.

—Que caigan ó no caigan - dijo Julián, — que se

vayan éstos o vengan aquéllos... ¡gracias, Consejero—se interrumpió tomando su plato de asado:—me es completamente indiferente. ¡Todos son una sola escoria!

El país le inspiraba enojo, y esperaba en breve por la lógica de las cosas, una revolución que barriese aquella *basura*.

—¡Una revolución!—dijo Alves Continho, mirando en derredor.

El Consejero se sentó y dijo:

—No quiero entrar en discusiones políticas; sólo sirven para dividir las familias; pero sí recordaré al señor Zuzarte los excesos de la *Commune*.

Julián se echó atrás y dijo tranquilamente:

—El mal está, señor Consejero, en que no fusilamos unos cuantos banqueros, propietarios gordos y marqueses anémicos. ¡Sería una especie de limpieza!

Y hacía ademán de afilar un cuchillo.

El Consejero sonrió, tomando como humorada aquella salida sangrienta.

Saavedra se interpuso con autoridad:

—En el fondo soy republicano.

—Y yo—dijo Jorge.

—Y yo—añadió Alves Continho inquieto. — Cuenten ustedes conmigo.

—Pero—continuó Saavedra—, lo soy en principio. Porque el principio es hermoso, es ideal. Pero, ¡la práctica! ¡la práctica!

Y volvía a todos lados su cara importante.

—Sí, la práctica...—exclamó como un eco admirativo Alves Continho.

—¡La práctica es imposible!—declaró Saavedra, llenándose la boca de asado.

El Consejero asumió entonces:

—La verdad es ésta. El país está sinceramente

unido á la familia real. ¿No es esto, querido Sebastián?—dijo.

Sebastián declaró que no entendía de política, creía que el obrero estaba mal pagado y que la miseria crecía. Los obreros cigarreros, por ejemplo, apenas ganaban nueve ó diez reales diarios, y esto con familia, era triste.

—Es una infamia—añadió Julián.

—Hay pocas escuelas—observó tímidamente Sebastián.

—Es una torpeza—insistió Julián.

Saavedra se había desabrochado el cuello de la camisa; tenía en el rostro el color rojo de la hartura y sonreía vagamente.

—¿Y los idiotas de San Benito?—exclamó Julián.

Pero el Consejero interrumpió:

—Hablemos de otra cosa, amigos míos. Es más digno de portugueses y de súbditos fieles.

Y volviéndose á Jorge le preguntó cómo seguía la interesante señora doña Luisa.

—Andaba un poco delicada hacía días; pero no era nada: el cambio de estación, un poco de debilidad...

Saavedra dejó la copa y dijo:

—Tuve el placer de verla pasar este verano casi todas las mañanas por frente á casa, allá hacia los arroyos, unas veces en coche y á pie otras.

Jorge se sorprendió, pero el Consejero hablaba del pesar que tenía en no verla compartir aquel modesto banquete. Como era soltero y no tenía esposa que hiciera los honores...

—Me admira, Consejero—observó Julián—que teniendo usted una casa tan confortable, no se haya casado, buscando el consuelo de una mujer.

Todos le apoyaron. ¡Era cierto! El Consejero debía haberse casado.

—Ante Dios y ante la sociedad son graves las responsabilidades—dijo:

—Pero, en fin—le objetaron—, es el estado más natural. Y luego, ¡qué demonio! a veces sentiría estar solo. Una enfermedad... Sin contar la alegría que dan los hijos.

El Consejero hizo notar «dos años, las nieves de la cabeza».

Nadie le decía que se casase con una niña de quince abriles, no: era arriesgado. Pero con persona de cierta edad, que tuviese atractivos, fuese arreglada... aquello era moral.

—Porque al fin la naturaleza...—dijo maliciosamente Julián.

—Hace mucho que se apagó en mí el fuego de las pasiones, amigo mío.

¡Mentira! ¡Era un fuego que no se extinguía nunca! ¡Era imposible que el Consejero, a pesar de sus cincuenta y cinco años fuese insensible a los encantos de unos ojos negros y de unas formas redondas!

El Consejero negaba. Saavedra declaró, con púdico circunloquio, que ninguna edad se eximía de la influencia de Venus.

—Todo va en gustos—decía—. A los quince años agrada una matrona robusta, y a los cincuenta un capullo ténue... ¿Verdad, amigo Alves?

Alves encandiló los concupiscentes ojos y chasqueó la lengua.

Saavedra continuó:

—Mi primera pasión fué la mujer de un capitán de buque, madre de seis hijos, que no cabía por aquella puerta. Pues bien, señores: la hice versos, y la excelente señora me enseñó un par de cosas muy agradables... Se debe empezar temprano, ¿verdad?—añadió volviéndose a Sebastián.

Quisieron saber la opinión de Sebastián, que se puso como la grana.

Al fin, compelido, dijo con timidez:

—Creo que uno se debe casar con una muchacha honrada, y quererla toda la vida:

Aquellas sencillas palabras produjeron un corto silencio. Pero Saavedra calificó aquella opinión de «burguesa». El matrimonio era una carga; no había nada como la variedad.

Julián expuso dogmáticamente:

—El matrimonio es una fórmula administrativa, que ha de concluir necesariamente. Por lo demás—según él—, la mujer era un sér inferior. El hombre debía aproximarse a ella en ciertas épocas del año—como los animales, que saben de esto más que nosotros—, fecundarla y apartarse con tedio.

Aquella opinión escandalizó a todos, en particular al Consejero, que la encontró de un «materialismo repugnante».

—Esas mujeres que tan severamente trata usted, señor Zuzarte—exclamó—, esas mujeres son nuestras madres, nuestras hermanas cariñosas, la esposa del jefe de Estado, las ilustres damas de la nobleza.

—Son el mejor bocado de este valle de lágrimas—añadió Saavedra dándose golpecitos en el estómago.

Disertó sobre las mujeres. Lo que exigía en ellas era un pie bonito... ¡No había nada más horrible que un pie grandel... A todas las mujeres, prefería las españolas.

Alves votaba por las francesas, y se le inyectaban de sangre los ojos.

Saavedra objetó con grito hostil:

—Cierto, para un rato de *can-can*. Para eso nadie como las francesas; pero son muy interesadas.

El Consejero intervino, agitando los lentes:

—Viajantes instruidos me han asegurado que las inglesas son notables madres de familia.

—¡Frías como esta tabla!—dijo Saavedra golpeando la mesa.—¡Mujeres de hielo!

¡Quería españolas, quería fuego, quería *salero*! Tenía la mirada brillante del vino, y la comida le exaltaba el sentimiento.

—Una hermosa gaditana, ¿eh, amigo Alves?

Pero ante los dulces, Alves Centinho dejó á las mujeres, y en unión de Sebastián, hablaba sobre golosinas.

—Porque—decía—el dulce y las mujeres es lo que me escarabajea dentro del alma.

Era cierto: todo el tiempo que no dedicaba al servicio del Estado, lo repartía entre las confiterías y los burdeles.

El Consejero, cortando los huevos quemados y saboreando las delicias del convite, decía á Jorge:

—¿Qué mayor dicha, querido Jorge, que pasar así las horas, entre amigos de tan reconocida ilustración, discutiendo las cuestiones más importantes y trabando una conversación erudita? Los huevos quemados están riquísimos...

La señora Filomena, entrando con solemnidad, le puso cerca una botella de champagne.

Saavedra pidióla para abrirla, porque lo hacía de un modo *chic*. Apenas saltó el tapón, y en medio del silencio de la ceremonia, se llenaron las copas: Saavedra, que permanecía de pie, dijo:

—¡Consejero!

Acacio se inclinó pálido.

—¡Consejero! Con el mejor placer bebemos todos á la salud de un hombre que...—alzó el brazo y dio un tirón al puño de la camisa,—por su respetabili-

dad, su posición y sus vastos conocimientos, es una de las lumbreras de este país... ¡A su salud, Consejero!

—¡Consejero! ¡Consejero! ¡Amigo Consejero!

Bebieron ruidosamente. Acacio se limpió los labios, pasó su trémula mano por la calva, se levantó y comenzó:

— ¡Mis buenos amigos! No estaba preparado. Si lo hubiera sabido hubiese tomado algunas notas. No tengo la elocuencia de los Rodrigos ó los Gassets, y siento... que las lágrimas me embargan la voz...

Habló de sí modestamente; confesaba que, habiendo en la capital tan ilustres oradores parlamentarios, tan consumados estadistas, confesaba, sí, que él era un cero á la izquierda. Y con la mano en alto formaba en el aire, con el pulgar y el índice, una O. Proclamó su amor á la patria; dijo que si un día las instituciones ó la real familia necesitasen de él, su cuerpo, su pluma y su modesto peculio, todo lo ofrecía de buen grado. Quería derramar toda su sangre por el trono. Citó prolijamente el Eurico, las instituciones de Bélgica, Bocage y fragmentos de su prólogo. Honróse en pertenecer á la Sociedad de 1.º de Diciembre...

—En este día memorable—dijo—yo mismo ilumino mis balcones, si no con el lujo de los establecimientos de Chiado, al menos con alma sincera.

Y terminó diciendo:

—No dejemos, queridos amigos, de hacer votos por el ilustrado monarca á quien deben las canas de mi cabeza el ostentar, antes de bajar al túmulo, el honroso hábito de Santiago. ¡Amigos míos, por la real familia—y levantó la copa,—la familia modelo que, sentada en la cúspide del Estado, dirige, rodeada de las lumbreras de nuestra política, dirige...

Buscó la frase.

—...dirige...

A través de los lentes, se fijaban sus ojos en el montante de la puerta.

—...dirige...

Rascóse consternado la calva; pero, al fin, su rostro se clareó con una sonrisa. Había encontrado la frase, y extendiendo el brazo:

—dirige la nave de la gobernación pública, con envidia de las naciones extranjeras. ¡Por la real familia!

—¡Por la real familia!—contestaron con respeto.

El café fué servido en la sala. Las bujías esteáricas daban una luz triste á aquella fría habitación. El Consejero dió cuerda á una caja de música, y al son del coro nupcial de *Lucía*, ofreció cigarros.

—La señora Adelaida puede traer los licores—dijo á Filomena.

Apareció una hermosa mujer como de treinta años, blanca, de ojos negros y formas espléndidas, vestida de merino azul, llevando en una bandeja de plata, en la que chocaban copas, una botella de cognac y otra de curaçao.

—¡Buena moza!—murmuró Alves con el rostro encendido.

Julián le tapó la boca con la mano. Y hablándole al oído y mirando al Consejero, recitó:

*¡Te atreves, loco, á levantar la vista
A la mujer del César!*

Entre tanto que se bebía el curaçao, Julián fué hasta el despacho y levantó aquella colcha que tanto le preocupaba. Eran rimeros de libros encuadrados, atados con cuerdas. ¡Todas las obras del Consejero intactas!

Cuando Jorge entró en su casa á las once, encontró á Luisa leyendo, esperándole.

Pidió noticias de la comida del Consejero.

—Excelente—dijo Jorge, empezando á desnudarse.
—Se bebió mucho vino; hubo brindis...

Y de pronto:

—A propósito. ¿A qué ibas tú á los Arroyos?

Luisa se pasó las manos por la cara para ocultar su turbación y dijo, balbuceando ligeramente:

—¿A los Arroyos?

—Sí. Saavedra, uno que estaba en casa del Consejero, me ha dicho que te veía pasar por allí todos los días, á pie y en coche...

—¡Ah!—dijo Luisa, tosiendo.—Iba á ver á Quedes, una muchacha que iba conmigo al colegio y que había venido de Oporto. Silva Quedes...

—¡Silva Quedes!—dijo Jorge pensativo.—Cree que estaba de secretario general en Cabo Verde.

—No sé... Vinieron por un mes en el verano, y vivían en los Arroyos; ella estaba enferma, la pobre; fui algunas veces... Lleva fuera esa luz, que me daña...

Quejose de que toda la tarde estuvo muy molesta. Se sentía débil y con un amago de fiebre...

En los días siguientes no se encontró mejor. Se quejaba de frío en la cabeza, de malestar...

Un día no se levantó, y Jorge, inquieto, no salió queriendo llamar en seguida á Julián; juró Luisa que "no era nada; un poco de debilidad acaso..."

Esto opinó Juliana, allá en la cocina:

—La señora está muy flaca; ahí hay algo del pecho—dijo con importancia.

Juana, que estaba inclinada sobre el fogón, replicó:

—¡Lo que es la señora es una santa!

Juliana la echó una mirada rencorosa, y dijo con una sonrisita:

—La señora Juana dice eso como si las otras fuesen una peste.

—¿Cuáles otras?

—Yo, y usted, y todas...

Juana contestó sin volverse, y moviendo siempre las parrillas:

—No encontrará usted otra como ella, señora Juliana. Una señora que le deja hacer lo que quiere, y que ella misma trabaja lo suyo... El otro día vació las aguas... ¡Es una santa!

El tono hostil de Juana la exasperó; pero se reprimió: á pesar de su *posición* en la casa, dependía de ella para los calditos, los *bifteaks* y las golosinas; tenía delante de ella esa timidez respetuosa de las constituciones débiles por los cuerpos fuertes, y dijo con voz ambigua:

—Son genios... La gusta reñir; pero hay que decir que es señora de mucho arreglo, y que la gusta trabajar. A veces con ver una chispita de polvo, ya tiene bastante para coger el plumero. Es su genio!

ya he conocido otras iguales... y fruncía los labios al decirlo.

—Lo que es ella es una santa—repitió Juana.

—Genios... Está siempre bullendo. Nunca salgo sin dejarlo todo arreglado, y nunca se satisface. El día pasado se puso á planchar; yo iba á salir... Pues bien: me quité el sombrero y no consentí... En fin, ¿qué le diré? Falta de otros cuidados... no tener hijos... Porque á ella nada le falta...

Calló, se miró el pie y añadió satisfecha reclinándose en la silla:

—Ni á mí.

Juana se puso á tararear. No quería "cuestiones," pero hallaba todo aquello "fuera de lo regular." Juliana siempre en la calle, ó en su cuarto trabajando para ella, sin dársele un bledo de nada, dejándolo todo como Dios quería, y la pobre señora barriendo, planchando... No, allí había algo. Pero su Pedro, á quien consultó, la dijo gentilmente, retorciendo el bigotillo:

—Allá se las entiendan ellas. Trata de divertirte, y no te metas en vidas ajenas. La casa es buena: procura sacar partido.

Pero Juana sentía *allá dentro* crecer su ojeriza por la señora Juliana. La consolaba la idea de que un buen mozo la quitaba el enfado... y sacaba partido también de la casa. Pedro tenía razón...

Juliana desde la *escena de la ropa* estaba asustada; no salió en algunos días, y estuvo trabajadora; pero cuando vió á Luisa resignarse, se entregó casi con furor á las satisfacciones de amor propio y á las alegrías de la venganza. Paseaba, se encerraba á coser, y que se fastidiase la *Piorrinha*. Delante de Jorge aun se contenía; le tenía miedo; pero apenas se iba, ¡adiós! Estaba barriendo ó arreglando, sentía cerrar la puerta, y dejando la basura y la

escoba, se dedicaba á componerse. ¡Allí estaba la *Piorrinha* para acabar con todo aquello!

Luisa, entre tanto, sentía de pronto y sin razón fiebres efímeras; adelgazaba, y sus tristezas ponían en cuidado á Jorge.

Ella lo explicaba todo con *los nervios*.

—¿Qué será esto, Sebastián? — era la pregunta constante de Jorge, acordándose con terror de que la madre de Luisa había muerto de una enfermedad del corazón.

En la calle se sabía por Juana la cocinera que la del ingeniero *andaba mal*. La tía Juana juraba que tenía la solitaria. Porque, vecinos, una persona á la que nada faltaba, con un marido que era un ángel una buena casa, y abundantes comodidades... empezaba á decaer, á decaer... Era el *bicho*; no podía ser más que el *bicho*. Y recordaba á Sebastián que debía llamarse al hombre de Villanova de Famaliçao, que poseía un remedio para el *bicho*.

El señor Paula lo explicaba de otro modo:

—Todo es cosa de la cabeza—decía moviendo la testa con aire profundo.—¿Sabe usted lo que tiene señora Elena? Una gran dosis de novelas en la mollera; yo la veo desde la mañana con el libro en la mano... Se pone á leer novelas y más novelas..., y ahí tiene usted el resultado... ¡Chiflada!

Un día se desmayó Luisa, sin causa, y cuando volvió en sí quedó débil, con el pulso profundo y los ojos hundidos. Jorge fué á buscar á Julián en seguida: lo halló agitado, porque las oposiciones eran al día siguiente, y sentía *dolores de vientre*.

En el camino no dejó de hablar de su tesis, del escándalo de los recomendados, del que armaría él si le hiciesen una injusticia, y de su arrepentimiento por no haber *metido más cuñas*.

Examinó á Luisa, y dijo incomodado:

—No tiene nada... ¿Y me vas á buscar para esto? Tiene anemia; lo que tenemos todos. Que pasee, que se distraiga; distracciones y hierro, mucho hierro. ¡Ah! Y agua fría por la espina dorsal.

Como eran las cinco, se convidó á sí mismo á comer, echando pestes toda la tarde contra el país, maldiciendo de la medicina, injuriando á su contrincante, y fumando desesperadamente los cigarros de Jorge.

Luisa tomó el hierro, pero rehusó distraerse; la fatigaba vestirse, y odiaba ir al teatro. Después, cuando vió á Jorge preocuparse de su estado, quiso afectar fuerzas, alegría, buen humor; pero aquel esfuerzo la abatía profundamente.

—¿Quieres que vayamos al campo?—la decía Jorge desolado, viéndola desmejorar.

Ella recelando posibles complicaciones, no aceptaba. No se sentía bastante fuerte, decía. ¿Dónde estaría mejor que en su casa? Luego, los gastos... las molestias...

Una mañana que Jorge volvió á casa inesperadamente, se la encontró en *robe de chambre*, con pañuelo á la cabeza, barriendo.

Se paró atónito en la puerta.

—¿Qué haces? ¿Estás barriendo?

Ella se puso roja, tiró en seguida la escoba, y fué á abrazarle.

—No tenía nada que hacer... Estaba aburrida: además de que eso me hace bien, es un ejercicio saludable.

Jorge contó por la noche "aquella locura de andar en limpiezas..."

—Una persona que está tan débil, señora mía...—dijo reprehensivamente Sebastián.

—Pero no—decía ella.—¡Si no estoy mala! Si ahora se hallaba mucho mejor.

Aquella noche casi no habló; inclinada sobre su *crochet*, un poco pálida, sus ojos miraban á veces con triste fatiga, sonriendo al propio tiempo en silencio de una manera desconsolada.

Pidió á Sebastián que tocara el *Requiem* de Mozart. ¡Era tan bonito! Quisiera que lo cantasen en la iglesia cuando muriese...

Jorge se enfadó. ¡Qué manía por hablar de cosas ridículas!

—¿Pero no puedo yo morir?

—¡Bueno, muérete, y déjanos en paz!—replicó él irritado.

—¡Qué buen marido!—dijo ella á Sebastián.

Dejó el *crochet* y le rogó tocara los dieciséis compases de la *Africana*. Escuchó ensimismada; aquella música entraba en su alma cual si dulzura de voces místicas la llamasen; parecía que llevada por ellas, desprendíase de todo lo terrestre y agitado, y se hallaba en una playa desierta, junto á un mar triste, y allí, como ideal espíritu, libre de carnales miserias rodaba entre las ondulaciones del aire, y pasaba sobre las olas como soplo de brisa...

Su actitud melancólica enfadó á Jorge.

—Sebastián... ¡Haces el favor de tocar el fandango, *Barba Azul*, el *Pirolito* ó el demonio?

—De lo contrario empiezo yo con el canto llano. Y con tono fúnebre cantó:

*Dies irae, dies illa,
Solvunt seccula in favilla!...*

Luisa se rió.

—¡Qué loco! No se puede estar triste...

—Se puede—dijo Jorge—pero si se está triste que sea del todo.

Y cantó quejumbrosamente el *Bendito*.

—Los vecinos dirán que estamos locos, Jorge— dijo ella.

—Y ciertamente lo estamos—contestó él, metiéndose en el despacho y cerrando la puerta.

Sebastián tocó algunos compases más y volviéndose á ella, la dijo en voz baja:

—Pero, ¿qué ideas son esas? ¿Por qué esa tristeza?

Luisa levantó hasta él los ojos, vió su rostro franco y amistoso, lleno de rasgos simpáticos, é iba á decirselo todo por la explosión de su dolor, cuando Jorge salió del despacho; sonrió, se ~~ca~~ cogió de hombros y volvió á tomar su *crochet*.



Al domingo siguiente por la noche hubo *causerie* en la sala; Julián contó su oposición. Estaba contento; había hablado dos horas con lucidez y precisión.

El doctor Figueiredo le dijo que *debió haber amenzado algo más*.

—¡Literatos! —decía Julián con desprecio. — No pueden hablar cinco minutos sobre el hueso fémur, sin sacar á plaza las *flores de la primavera* ó los *progresos de la civilización*.

—Los portugueses tenemos la manía de la retórica — dijo Jorge.

Juliana entró con una carta.

—¡Es del Consejero!

Todos se inquietaron. Pero Acacio se disculpaba de "no poder ir, como prometió la víspera, á charlar á casa de la excelente doña Luisa. Un trabajo urgente le retenía al yunque del deber. Daba recuerdos para Sebastián y Julián, y afectuosos respetos á la interesante doña Felicidad."

Una ola de carmín inundó el rostro de la excelente señora. Tosió, toda alterada, mudó de silla dos

veces, tocó con un dedo en el piano la *Perla de Ofir*, y al fin, no pudiendo dominarse, pidió á Luisa que "fuesen á su cuarto, porque tenían un secreto..."

Cuando entraron en él, cerró la puerta de la sala.

—¿Qué me dices de su carta?

—Mi enhorabuena—dijo Luisa sonriendo.

—¡El milagro!—dijo doña Felicidad.—¡Ya empieza el milagro!

Y añadió:

—¡Fuí á casa del hombre aquél que te dije, el gallego!

Luisa no entendía.

—El hombre de Tuy y la santa... Les llevé mi retrato y el de él. Se fueron hace una semana. La mujer empezó ya á meterle las agujas en el corazón.

—¿Qué agujas?

—La mujer hace un corazón de cera, lo pega en el retrato del Consejero, y durante una semana clava á media noche una aguja bendita con el preparado que ella tiene, y reza.

—¿Y le dió usted dinero?

—Ocho duros.

—¡Doña Felicidad!

—¡Oh, no me digas nada; ya ves qué cambio! De aquí á unos días se declara... ¡Ay! Permítalo Nuestra Señora de la Alegría! ¡Nuestra Señora lo quiera! Ese hombre me vuelve loca... ¡Tengo cada sueño! Hasta estoy en pecado mortal... ¡Y qué sudar! ¡Mudo de camisa tres ó cuatro veces!

Se miró al espejo; quería convencerse de que las bellezas de su persona ayudarían á las agujas de la saludadora, y se alisó el pelo.

—¿No me encuentras más delgadita?

—No.

—Pues lo estoy, hija, lo estoy—dijo enseñando la cintura.

Hacia planes. Iría á pasar la *luna de miel* á Cintra... Sus ojos nadaban en fluido lúbrico.

—¡Nuestra Señora de la Alegría quíera! La tengo dos velas encendidas día y noche...

De pronto la voz de Juana sonó en la escalera de la cocina.

—¡Señora, señoral ¡Pronto!

Luisa corrió, Jorge también. Juliana yacía desmayada sobre el piso de la cocina.

—¡La dió de repente, de repente!—exclamaba Juana pálida y temblorosa.—Cayó de repente, de lado...

Julián la tranquilizó; era un síncope. La acostaron. Julián la hizo dar friegas en las extremidades con una bayeta caliente, y antes de que Juana, medio despeinada, fuese á la botica por un anti-espasmódico, Juliana volvió en sí, muy débil. Cuando bajaron á la sala, dijo Julián liando un cigarro:

—Son frecuentes estos síncope en las enfermedades del corazón. Síncope simple. Pero á veces toman carácter apoplético y acaban en parálisis, poco duradera, porque el derrame de sangre en el cerebro es pequeño pero desagradable al fin.—Y añadió encendiendo el cigarro:—Esa mujer se les muere en casa el mejor día.

Jorge, preocupado, paseaba por la sala.

Siempre lo he dicho—observó doña Felicidad.—Tendrán que deshacerse de ella.

—El tratamiento es incompatible con el servicio—dijo Julián.—Aun almidonando se puede tomar digital ó quinina, pero el mejor tratamiento es el reposo, exclusión absoluta de cansancio. Qué tenga un disgusto ó un día de tedio, y puede irse.

—¿Y está la enfermedad adelantada?—dijo Jorge.

—Según los síntomas, sí; advierte ella debilidad en el pulmón, opresiones, dolor agudo en la región

cardíaca, flatos, humedad en las extremidades...
¡Todo eso es endiablado!...

—¡Qué contratiempo!—murmuró Jorge.

—Despacharla—resumió doña Felicidad.

Cuando quedaron solos, dijo Jorge á Luisa:

—¿Qué te parece de esto? Es preciso sacudirnos de ella. No quiero que se muera en casa.

Ella quitándose las horquillas dijo que no se podía hechar á la pobre mujer para que se muriera en la calle... Recordó lo que había hecho por la tía Virginia... Hablaba dejando caer las palabras con tiento como quien anda en terreno falso... Podía dársela algún dinero para que fuese á vivir fuera...

Jorge dijo después de unos instantes de silencio:

—No tengo inconveniente en darla diez ó doce libras esterlinas y que se vaya... que se las arregle...

—¡Diez ó doce libras!—pensó Luisa.

Y de pie, ante el tocador miraba su rostro en el espejo con una *saudade* indefinible.

Porque la crisis llegaba. Si Jorge insistía en despedirla, ella no podía sin provocar temible explicación, decirle: *No quiero que se vaya, quiero que muera aquí*. Y Juliana viéndose despedida, enferma y sin ver que Luisa se interponía y la reclamaba, se vengaría indudablemente. ¿Qué hacer?

Levantóse agitadísima. Juliana estaba muy fatigosa y no se había levantado. En tanto Juana ponía la mesa, Luisa sentada en la butaca junto al balcón del comedor leía maquinalmente el *Diario de Noticias* sin entender lo que leía, cuando la siguiente gaceta en lo alto de la página la sobresaltó:

“Mañana sale para Francia nuestro amigo el conocido banquero señor Castro, socio de la casa, Castro, Miranda y Compañía. Se retira de los negocios de esta plaza para establecerse definitivamente en Francia, cerca de Burdeos, en cuyo punto posee una hermosa propiedad.”

¡Castro! ¡El hombre que la daría cuanto dinero le pidiese! ¡Se iba!

Una idea se la ocurrió de pronto haciéndola estremecerse y ponerse de pie, pálida, conmovida. ¡Santo Dios, si la víspera de irse él, la misma víspera, con-

sintiese en... ¡Oh! ¡Era horrible! No, no debía pensarlo...

Pero reflexionó y se sintió débil contra la tentación creciente que se le enroscaba en el alma con caricias persuasivas. ¡Se salvaría! ¡Daría los seiscientos mil reis á Juliana y aquel demonio podía morir lejos, muy lejos, si quería!...

Y él, aquel hombre tomaría el vapor. ¡No tendría que ruborizarse ante él porque su secreto estaría en el extranjero, tan seguro como en una tumba! Aparte de esto, si Castro sentía verdadera pasión por ella, tal vez prestase sin condiciones...

¡Buen Dios! Al siguiente día podía tener en el cajón del ropero los billetes, el oro... ¿Por qué no? Sintió ansioso deseo de libertad, de vivir feliz, sin agonías, sin martirios...

Volvió á su cuarto, se puso á arreglar el tocador, mirando de reojo á Jorge que se vestía. Delante de él tuvo remordimiento... Ir á pedir dinero á un hombre... sufrir su mirar lascivo, sus palabras equívocas... ¡qué horror! Pero después sutilizó. Era por Jorge, por él... Era para evitarle la pena de "saber," para poder amarle libremente, toda la vida, sin celos, sin reservas...

Durante el almuerzo no habló. El rostro simpático de Jorge la atraía, el del *otro* la parecía antipático... ¡Le odiaba ya!

Cuando marchó Jorge, quedó nerviosa. Se fué al balcón: el sol la pareció encantador: la calle la llamaba fuera. ¿Por qué no?

La áspera voz de Juliana resonó en la escalera de la cocina, y aquel rumor odioso la decidió bruscamente.

Se vistió con cuidado; era mujer, y quiso parecer bonita. Llegó sofocada á casa de Leopoldina, cuando daban las doce en San Roque.

La halló vestida y á punto de almorzar. Se quitó el sombrero y explicó claramente á Leopoldina lo que había resuelto. Quería el dinero de Castro, dado ó prestado; lo quería, y debía valerse de todos los medios. Jorge quería despedir á "aquella mujer," y temía su venganza. Quería el dinero y allí estaba para obtenerlo.

—¡Pero hija, así de repente!—dijo admirada Leopoldina.

—Castro se va mañana á Burdeos y es preciso, es necesario hacer algo... pronto...

Leopoldina propuso escribirle.

—Lo que quieras. Aquí estoy ya.

Leopoldina se sentó á la mesa y tomando un pliego de papel comenzó á escribir con la cabeza de lado.

Luisa se paseaba nerviosa. Tenía una firme resolución, que se fortificaba con la presencia de Leopoldina. ¡Estaba harta de humillaciones, de sustos, de noches llenas de pesadillas! Quería saborear la vida y su amor sin cuidados y con el corazón alegre:

—Oye—dijo Leopoldina leyendo:

"Querido amigo: Deseo hablarle: es un asunto grave: venga usted en cuanto pueda, que acaso me lo agradezca. Le espero hasta las tres lo más tarde.

"Siempre de usted amiga,

„LEOPOLDINA.„

—¿Qué te parece?

—¡Horrible! Pero, no, está muy bien. Borra eso de "acaso me lo agradezca." Es mejor.

Leopoldina copió la carta y la mandó con Justina en un coche.

—Y voy a almorzar, porque siento apetito.

—Puedes estar segura—dijo Leopoldina bebiendo té a grandes sorbos—de que Castro es hombre para cualquier secreto. Si te dá el dinero, que sí te lo dará, de su boca no saldrá palabra. En eso es un modelo. Ya ves tú, fué amante de la Videira muchos años y ni aun a su íntimo Mendoza dijo nada. ¡Es un pozo!

—¿Qué Videira es esa?—dijo Luísa.

—Una alta, nariguda, que va en *landeau*.

—¡Pero si pasa por mujer formal!

—Pues ahí verás. Pasar... pasan. ¡La cuestión está en buscarles el flaco, hija mía!

Y llenando de mantequilla grandes rebanadas de pan, se puso a hablar de los escándalos de Lisboa, «a tirar de la manta». Citaba nombres, especialidades que, después de ser Lucrecias, gastaban en devociones tardías el resto de su sensibilidad, acabando muchas en las sacristías. De otras que cansadas de su virtud monótona, preparaban «su cuarto de hora» en una residencia, como Cintra o Cascaes. ¿Y las solteritas? Peste en ellas, que aun conservan el derecho de decir *mamá*. Otras más prudentes, temiendo los resultados del amor, se refugian en las precauciones del libertinaje. Eso sin contar las señoras que a la vista de sus hijos completan el marido con un individuo suplementario.

Exageraba mucho, ¡pero las odiaba tanto!... Todas habían sabido conservar la exterioridad decente que ella había perdido y maniobraban con habilidad, donde ella había derramado sinceridad solamente. Y mientras conservaban sus relaciones, la estimación de la corte y la asistencia a las *soirees*, ella lo había perdido todo siendo solamente la Quebraes.

Luisa hallábase enervada por aquella conversa-

ción. En aquella universalidad del vicio, la parecía que su caso, como edificio entre nieves, perdía su relieve duro y, sintiéndose tan poco visible, llegaba á justificarse.

Quedaron calladas vagamente, adormecidas por aquel sentimiento de general desmoralización en que las resistencias y los orgullos languidecen y ceden como las plantas de una estufa saturada de insalubres emanaciones.

—Este mundo es una historia—dijo Leopoldina levantándose con esperezos.

—¿Y tu marido?—preguntó Luisa.

—Había ido á Oporto. Estaban pues, como querían, y hasta podían cometer crímenes.

Leopoldina, echándose sobre el canapé de su cuarto, con el cigarro en la boca, empezó también á lamentarse.

Estaba aburrída de la vida, llena de fastidio; todo lo hallaba monótono y quería algo desacostumbrado, nuevo; sentía salir el tedio por todos los poros de su cuerpo.

—¿Fernando entonces?...—dijo Luisa distraídamente, sin separarse del balcón.

—¡Valiente idiota!—respondió Leopoldina.

No; realmente quería algo, sin poder precisar qué era. A veces se le ocurría meterse monja y entonces estiraba muellemente los brazos. ¡Eran tan insípidos los hombres que conocía, tan manoseados los placeres que gustaba! Deseaba otra vida más aventurera, peligrosa, que la hiciese palpitar de emociones; ser mujer de un bandido, navegar á bordo de un navío pirata. En cuanto á aquel Fernando, le daba náuseas y cualquier otro que le sucediese, sería lo mismo. ¡Estaba harta de hombres y se creía dispuesta á tentar á Dios!

Y después de abrir la boca con bostezo de enjaulada fiera, dijo:

—¡Me aborrezco á mí misma!

Quedaron en silencio unos instantes.

—¿Pero qué le hemos de decir á este hombre?— preguntó Luisa de pronto.

Leopoldina contestó con dejadez soplando el humo del cigarro:

—Pues que necesitas un *conto* de reis, ó seiscientos mil reis. ¿Qué más vas á decirle?... Que se lo pagarás...

—¿Cómo?

—En cariño.

—¡Oh, es horrible!—exclamó Luisa exasperada. —Me ves desesperada, medio loca, y, á pesar de ello, te ríes y te burlas, llamándote mi amiga...

Su voz casi lloraba.

—¡Es que haces unas preguntas muy tontas! ¿Cómo se le va á pagar? ¿No lo sabes?

Se miraron un momento.

—¡No; ahora mismó me voy!—exclamó Luisa.

—¡No seas criatura!

Paró un coche en la calle y apareció Justina. No estaba el señor Castro en su casa y fué al escritorio. Allí le encontró y la dijo que venía en seguida.

Luisa, muy pálida, conservaba su sombrero en la mano.

—¡Eso no!—dijo Leopoldina casi escandalizada.— Tú no me dejas ahora sola con él. ¿Qué le diría yo?

—¡Es horrible!—murmuró Luisa dejando caer los brazos. Solicitada por el interés y contraída por la vergüenza, hallábase acongojada.

—Es como si tomaras un purgante—dijo Leopoldina con cínico gesto; y añadió, viendo el terror de Luisa:—¡Qué demonio! ¿Desde cuándo es deshonesto el pedir dinero prestado? Todo el mundo pide.

—Se oyó otro carruaje que llegando al trote largo se paró en la puerta.

—¡Entra tú... háblale tú primero...—dijo Luisa alzando las manos con ademán suplicante.

Sonó la campanilla. Luisa, temblando, miraba á todas partes con los ojos muy abiertos, como buscando una idea, una resolución ó un rincón para esconderse. Se oyeron pisadas de hombre sobre la estera, allí cerca, en la sala. Leopoldina la dijo en voz baja y lentamente, como para que grabase en el alma las palabras, una á una:

—Acuérdate de que dentro de una hora puedes estar salvada, ser libre, con tus cartas en el bolsillo y feliz.

Luisa se levantó con decisión brusca; fué á ponerse polvos de arroz, se alisó el cabello y entraron en la sala.

Al ver á Luisa, se inclinó Castro, bajando la gorda cabeza en la que sus cabellos empezaban á clarear.

Sobre su abdomen redondo, que las piernas cortas hacían parecer panzudo, descansaba ostentosamente el medallón de la cadena del reloj y llevaba en la mano un bastoncillo con puño de plata, representando una Venus retorciendo los brazos. Tenía el cutis encarnado subido y parecía tan contento de su vida como un gorrión satisfecho.

—¡Cómo! ¡Era preciso llamarle para echarle la vista encima!—comenzó Leopoldina. Luego presentó á Luisa "su íntima amiga y compañera de colegio", y agregó:—¿Pero cómo no ha venido usted por aquí?

Castro, en una mecedora, golpeando sus botas con el bastón, se disculpó con los preparativos de la marcha.

—¿Luego es cierto que nos deja?